

LOS TATUAJES DE AMELIA

© Alberto Omar Walls

Amelia tenía dibujado sobre su cuerpo todo un mapa de caricaturas, retratos, siluetas y claroscuros. Lo supe porque cuando me salieron los primeros pelos de la barba gocé de las excéntricas bondades de Amelia, hasta que le caí pesado y me echó de su casa. Pero contaré la historia de sus tatuajes desde el principio. En los años ochenta del siglo pasado fue tenida por hermosa, romántica y rara. Quizá por eso, desde que empezó a impartir sus primeras clases como profesora contratada, se enamoró del alumno más guapo, Damián, al parecer tan esbelto y seductor como su actor preferido, Brendan Fraser. Estaban siempre juntos y, en un arrebato, tras un viaje relámpago a Valle Gran Rey, decidió hacerse su primer tatuaje reproduciendo la hermosa cara del muchacho. Eran las fiestas de antruejo y en esos momentos todo lo que se hiciera tenía gracia. Se basó en una fotografía en blanco y negro porque le proporcionaba profundidad y dureza en los rasgos. Le gustaba sentirlo con los contrastes y arrugas que no poseía. Su amante joven mostraba un óvalo casi femenino, y aunque no la molestaba, se sentía herida cuando salían a comer por ahí y le preguntaban siempre a ella “¿qué va a beber su hijo?”. Pero era él precisamente quien reaccionaba violento contra el camarero inoportuno, mientras Amelia se hacía la disimulada metiendo su enrojecido rostro entre las páginas de la carta del menú. Como creyó que iba a ser ya para toda la vida, le pidió al tío de pelos largos y uñas negras que el tatuaje se lo grabara en la espalda a tamaño natural. Cuando se quitó los plásticos, cogió la costumbre de

empezar a besarse abrazado a él puestos delante del espejo grande del salón de su casa. Ella lo atraía hasta su regazo, le hundía el rostro juvenil entre sus pechos enormes y cuando salía a tomar aire, risueño y medio asfixiado, le colocaba su bella cara infantil sobre su hombro derecho, luego el izquierdo, obligándolo a mirar sus dos rostros reflejados en el espejo.

- ¿Te das cuenta, Damián? ¡Eres como Jano! Me duele tanto tu dualidad, aunque ya no sepa vivir sin ella...

Esa primera vez lo hizo reír a carcajadas, pero más adelante comprobaría que sentía pánico de mirarse duplicado en el espejo. Damián no tardó en mostrar ciertas incomodidades, como su desacuerdo de volver a abrazarla delante del espejo. Insistió de hacerlo sólo en la cama, y él puesto sobre ella, aunque le desagradara saber que su otro rostro estaba siendo escachado contra las sábanas y el colchón. Pero una mujer es una mujer y casi siempre sabe cuándo su amante la engaña. Porque eso de no querer mirarse al espejo... Ella imaginaba que llevaba doble vida, pero lo aceptaba porque daba por hecho que su tierno hombre era proclive a la promiscuidad con los de su mismo sexo, y que por esa simple razón debería ella ser la única mujer en su vida. Se equivocaba, y lo comprobó una tarde que volvió precipitadamente de impartir una de sus últimas clases de filosofía. Había hablado sobre Bergson y el poder de la intuición, además de la conciencia y otras cosas. Como que la intuición es instintiva y se contrapone a la reflexión, o que la inteligencia vale para la acción y no para un conocimiento puro. Fue en esos precisos momentos, cuando afirmaba todo aquel cúmulo de teorías, cuando descubrió que Damián no estaba en el lugar de siempre, que por tanto había faltado a la clase desde el comienzo de la hora y que ella no se había dado cuenta en ningún momento. Le sobresaltó el ensueño en que había estado, la enorme seguridad que había desplegado durante los cuarenta minutos seguidos de su disertación, sin

percatarse de la ausencia. ¡Qué extraño!, ¡si daba por hecho que estaba ahí...! Pensándolo se llevó una uña astillada a la boca, la mordió y después se quitó el dedo para poder enlazar en alta voz, de manera precipitada, un deshilvanado discurso sobre Bergson, Schelling y Shopenhauer. En cinco minutos dio por acabada la clase. Salió de estampida a la plaza del campus. Allí se quedó unos instantes mirando unas hermosas bolas metálicas. En un golpe de percepción interna llegó a la conclusión de que aquella escultura simbolizaba el derramarse cósmico de muchas esencias, de ingentes cantidades de huevos de vidas, sobre la corteza terrestre. Llevaba años viéndola y había pasado siempre sin mirarla, y ese día en que no tenía ninguna fuerza para ejercerse en la reflexión, recibía una fuerte impresión que no le venía de la memoria. Sin esperarlo había obtenido unos datos imprevisibles y eso la llenaba de verdadera euforia profesional. Abrió el bolso, extrajo su pequeño bolígrafo y una libreta y apuntó, casi telegráficamente, las sensaciones que había recibido en esos segundos de supuesto ensueño, pero de profunda mirada. Mas una voz dentro de ella le reprochaba que estuviera jugando a perder el tiempo intencionadamente, aunque le respondiera que en verdad estaba ganándolo para que su ser consciente le indicara qué camino seguir.

Fue el vívido taconeo de sus pies lo que le advirtió de que ya se había echado a correr camino del aparcamiento. ¿Pero era ella u otra la que trotaba de aquella manera alocada? El ansia y las prisas obtuvieron su recompensa, pues cuando llegó a su casa tuvo tiempo de verlo en su propia cama fornicando con una compañera de su departamento. La muy bruja. Bufando cuanto pudo los echó a la calle tirándoles toda clase de libros y objetos, y a él, expresamente, le advirtió, con Kant asido de la mano derecha, de que nunca aprobaría con ella su asignatura porque le había anublado el futuro que tanto deseaba. Y agregó por lo bajo, llorando, a punto de romperse por completo, mientras los veía marcharse juntos en el flamante Citröem de la otra:

- ¡Y no pensarás que te voy a llevar a las islas griegas conmigo!, ¿verdad?

Como ya comenzaba el verano, se compró unas camisetas que le tapaban toda la espalda. Quiso olvidarlo y lo consiguió con un hombre de verdad en una de las más bellas islas griegas, en Santorini. Allí conoció a Julián, un andaluz alto y moreno que llevaba años anclado en aquel mítico grupo de islas porque lo atrapaba cada día el sublime atardecer de Oia. Amelia lo adoró desde el primer día, porque le hacía el amor nada más despertarse y reír hasta el llanto durante todas las mañanas. Pero el que se había convertido en unas horas en el dueño de su corazón, bebía desde el comienzo de las tardes, y por las noches se arrancaba con la guitarra a cantar por peteneras hasta que caía rendido al finalizar la sexta parte de la noche, el crepúsculo matutino o dilúculo. Se sabía cincuenta o más estrofas, tristes y bellas, que le salían de no sabía ella que recóndito pozo de la memoria. Sobre las diez de la noche desgranaba, poniéndole el corazón en un puño, una a una sus melancólicas quejas, sus sentimentales denuedos, sus terribles y agoreros desgarrros. Ella se dejaba hipnotizar tanto por el oído como por la mirada, viendo cómo caían uno tras otro los rojos atardeceres sobre el horizonte del Egeo, y sintiendo en su piel cómo la martirizaba Julián atrayéndole las heridas de sus recuerdos con aquellos interminables octosílabos quejumbrosos y sombríos. Allí mismo, en la isla, dos días antes de despedirse para siempre de su estremecido hombre, buscó quien le hiciera en el brazo derecho el tatuaje de su vital rostro. Eso sí, algo más pequeño.

Llamó por teléfono a alguien incondicional y le presentaron en la secretaría de la universidad, en su nombre, la petición de una excedencia. Inútil la gestión, pues perdió su plaza que ocupó sobre la marcha uno de los que aguardaban. Le daba lo mismo todo, ya que deseaba comprobar hasta dónde le

resistiría la piel. Se prometió hacerse un tatuaje por cada nuevo amante, fuera bueno o un desastre. Quería llevar dibujados en su piel los rostros de los hombres y mujeres que la desearan. Cuando meses después en Nueva Zelanda conoció y amó a James Stewart, tenía ya la espalda llena de rostros. Algunos parecían pequeñas medallitas, otros desvaídas calcomanías infantiles. Multitud de rostros, negros, rojos, azules o violetas. Por encima del pubis sólo se tatuaba los rostros de las mujeres que la habían hecho feliz; en la espalda a los hombres que quería olvidar; en los brazos a quienes le habían dado fuerzas para seguir breando con la existencia y aquellos que habían demostrado un auténtico arte en el vivir. Los muslos los reservó para los amores perversos y sin salida; el abdomen y los pechos para quienes llegaron a ella heridos de amor, para quienes comenzaban a descubrir las hieles de los deseos y no tardaban en llorar, y luego marchaban sanados y alegres...

Pasaron tres años y Amelia conoció a Raúl de vuelta de su gran periplo alrededor del mundo. En el aeropuerto de Madrid. Como se quedaron hablando, perdieron sus vuelos respectivos. Decidieron volver a la Gran Vía y coger una habitación en el mismo hotel. Desnudos, uno frente al otro, se miraron perplejos y, casi al mismo tiempo, se señalaron sus respectivos cuerpos plagados de cientos de tatuajes. De fondo, la televisión encendida emitía *Amarcord* de Federico Fellini.

- Este de aquí fue uno de los que me hice iniciando esta larga serie... Es mi primera mujer. Se llamaba Violeta. ¿Verdad que era hermosa? La perdí para siempre en un viaje a Tombuctú. Ah, y mira, esta otra, fue en...
- Déjalo, Raúl, ¿qué más nos da? Ya sé que lo hicimos para no olvidar a nadie, pero esta noche te advierto que no me haré tu tatuaje.

- ¿Por qué?
- Pues porque no me queda ni un tanto así libre en la piel...
- Grábame en tu corazón.
- Ay, Raúl, tú solo verás mi piel, pero yo los veo a todos grabados en mis entrañas...
- ¿Sabes que todo esto se puede borrar?
- Como el gran olvido. Pero duele mucho, creo...
- Todo duele...
- Raúl, ¿te vas a dejar amar?
- Por supuesto...
- ¿Tienes algún problema con recibir amor?
- No, me encantaría...
- Pues adelante... Ven, trae tu hermosa cara y métela entre mis pechos. Embriégate primero con mi aroma de mujer...

Mientras Amelia y Raúl jugaban a amarse, en la televisión, la hermosísima estanquera de Fellini, inundando de alegría la vieja habitación de aquel hotel madrileño, se reía a carcajadas.